

Pinta el dolor, ó al parricida Oréste (1)
Voces presta de atroz remordimiento,
Acierta á entretener aún con el llanto.

Tú, á quien la gloria escénica enamora,
Acércate á obtenerla en nobles metros;
Y si en la escena cautivar quisieras
Los votos de París, y que tus obras,
Cuanto más repetidas, más gustadas,
Se vuelvan á pedir tras largos años,
Haz que en tus dramas la pasión señora
Derecha al corazón vaya, y le inflame:
Si de un grato furor el vario impulso,
Ya de dulce terror, ya de suave
Compasión, no le anima, en vano ostentas
Sábias escenas y cruditadas frases (2);
Que al auditorio, en aplaudir moroso,
Helarán más tus lógicos discursos;
Hasta que de retóricas cansado,
Verás que al fin se duerme ó te critica.
¿Agradar y moverme es el objeto?
Inventa, pues, recursos que lo logren:
Que á los primeros versos preparada
La acción, éntre en materia presurosa:
Risible personaje es á mis ojos
El que decir no acierta á lo que viene,
Y al declararme su embrollada intriga,
Lo que era diversión me hace tarea (3).
Fuera mejor que, decorando el nombre,
Dijera: yo soy Pirro ó soy Oréste (4),
Que de oscuros enigmas, sin decirnos
Nada á la mente, henchirnos las orejas.

Cuanto más breve expóngase el asunto;
Sea de la escena el sitio único y fijo;
Deja estrechar mil años en un día
Al impaciente ibero, que en los actos
De sus fogosos dramas saca al héroe,
Niño al primero, al último caduco (5);
Pero, según razón, sea entre nosotros
La acción con arte tal distribuida,
Que en un sitio, en un día, un hecho solo
Tenga hasta el fin el auditorio atento.

Jamas cosa increíble se presente;
Que ni aun lo cierto es siempre verisímil.
Portento absurdo á recrear no alcanza,
Ni á interesar lo que razón repugna.
Dése á la narración lo que á la vista
Negarse deba: sé cuanto más vivo
Se fija lo que vemos; pero hay cosas
Que el oído las sufre y no los ojos.

Crezca así el nudo de una en otra escena,
Que ya en su colmo fácil se desate:
Nada con más vigor hiere la mente
Que cuando en medio de un tejido enlace
La verdad, cual relámpago saliendo,
Da á todo aspecto nuevo y no previsto.

La Tragedia, al nacer, tosca y sin forma,
Sólo era un simple coro en que, danzando,
Lloro y ruego á Baco se entonaba,
Porque del viñador cumplierse el voto;
Estro prestando el vino á los rivales,
Premio era un chivo al vencedor del canto (6).
Téspis fué quien primero en mosto unguido,
De actores mal vestidos rodeado,
Paseó en carro tan feliz locura,
Y á la aldea admiró y al peregrino (7).
Al coro Esquilo unió los personajes,
Máscara más decente al actor puso,
Y, calzado el coturno, hollar les hizo
Tablados altos en abiertas plazas (8).

Nace el genio de Sófocles, y el drama
Por él adquiere pompa y armonía;

(1) Alude á la tragedia de Eurípides. (Nota del Colector.)
(2) Éste es un ataque á Corneille, y especialmente á su tragedia *Othon*, en la cual tres ministros aburren al espectador con prolijos razonamientos políticos. (Id.)
(3) Alude á la exposición del *Heracles* de Corneille. (Id.)
(4) Hay de ello ejemplos en Eurípides.
(5) Alude á Lope de Vega. (Id.)
(6) Horacio, *Arte poética*, 220. (Id.)
(7) Horacio, *Arte poética*, 275. (Id.)
(8) Esquilo vivía un siglo después que Téspis, esto es, cuatro siglos antes que Jesucristo. (Id.)

Une coro y acción, y el rudo verso
Lima en tal modo, y de expresión le envuelve,
Que á la cumbre ensalzó la griega escena,
Do no arribaron las latinas musas.

Tuvieron nuestros místicos mayores
El teatro en horror, y este deleite
Por largo tiempo en Francia fué ignorado:
En París le ocupó la vez primera,
Dicen, turba de incultos peregrinos,
Que en su celo piadoso, al par que simple,
Los divinos misterios dió al teatro.
La ilustración, por fin, á su ignorancia
Desengañó del uso irreverente;
Y aquellos, sin misión, predicadores (9),
Dieron lugar á Fedra, Élena ó Pirro:
Soltó el actor la máscara, y reemplaza
El solo violín música y coro.

Pronto raudal feliz de afectos tiernos,
Cual la novela, el drama señora
Amor, de cuya acción la fiel pintura
Siempre hasta el corazón se abre camino.
Sea amante el héroe nuestro, yo os lo apruebo;
Mas no le hagais pastor almibarado:
Que no ame Aquiles como Aminta ó Tírsis,
Ni en Artaménos transforme un Ciro (10).
Y así el remordimiento al amor cerque,
Que no virtud, debilidad parezca.

Huye puerilidades, precavido,
De romancescos héroes, sin que niegues
Cierta flaqueza aun á las almas grandes.
Ménos impetuoso Aquiles mismo
Disgustaría (11); me deleita el verle
Llorar cual niño, mas llorar afrentas:
Sombra es que sirve á realzar su imagen,
Y la verdad del natural descubre.
Consérvale su forma en tus escritos:
Muestra soberbio y codicioso á Atridas,
Piadoso, austero y religioso á Enéas;
Cada uno, en fin, con su carácter propio.
Ni ménos diligente estudiar debes
Costumbres y usos de eras y países,
Fuentes eternas de indoles distintas;
Ni des, como en la *Clelia* (12), al Lacio antiguo
Vivacidad francesa; ó ver nos hagas,
Romano en nombre, en hechos parisino,
Un *Caton* tierno, un *Bruto* pisaverde.
Todo se excusa en frívolos romances;
Si la ficción divierte, á más no aspira;
Mas en la escena inviolables leyes
De decoro y verdad la razón dicta.

Si de tu ingenio el personaje es fruto,
Carácter dale igual, en que invariable
Concluya al fin, cual se mostró al principio (13).
Inadvertido ó presumido á veces,
Tal un autor sus héroes se asemeja,
Que si es gascon, les da gascon lenguaje,
Y se oye á Calprenédo (14) oyendo á Juba.
Naturaleza amena, al par que vária,
Propia expresión á cada afecto asigna,
Y á la cólera dió voces briosas,
Como á la humillación tonos suaves (15).

Ante Troya incendiada Hécuba triste
No exhale hinchadas quejas, ni describa
En qué hórrido lugar por siete bocas
Se arroja el *Tánais* en el *Ponto Euxino* (16).
La ostentación de tan hinchadas frases
Cede á los que se prendan de sonidos:
Propias son del dolor blandas querellas (17);

(9) Fueron prohibidos por decreto del Parlamento (1548). (Nota del Colector.)

(10) Alude á la novela de Madeleine de Scudéri, *Artaménos ou le Grand Cyrus*. (Id.)

(11) Horacio, *Arte poética*, 120. (Id.)

(12) Alude á la novela de Mademoiselle Scudéri, *Clelie, histoire romaine*. (Id.)

(13) Horacio, *Arte poética*, 125. (Id.)

(14) Gautier de Costes de La Calprenéde, autor de prolijas y afectadas novelas y de infelices tragedias, muy admirado por Madame de Sévigné. (Id.)

(15) Horacio, *Arte poética*, 105. (Id.)

(16) Séneca, el trágico; *Troada*, escena 1.^a (Id.)

(17) Horacio, *Arte poética*, 95. (Id.)

Llora tú, y obtendrás el llanto ajeno (1).
Voces que el actor dice en hueco tono,
No parten, no, de un pecho enternecido.

Árdua palestra en Francia es el teatro,
En delicados criicos fecunda;
No logra autor allí fáciles palmas;
Siempre halla bocas á silbarle prontas:
Si necio ó charlatan le llama alguno,
Es fuero que al entrar compra á la puerta.

Autor que ha de agradar, pruebe ingenioso
Mil tonos: ora el medio, ora el sublime,
En nobles sentimientos siempre ameno,
Siempre agradable, sólido y profundo,
Rasgos de luz esparza inopinados:
Con maravillas nuevas tenga siempre
Suspensa la atención; que cuanto diga
Se fije en la memoria, y la obra entera
Deje un largo recuerdo en nuestra mente.

Tal habla, obra y se ostenta la Tragedia.

LA EPOPEYA.

El Épico poema, aun más grandioso,
Con fábulas sustenta y con ficciones
La vasta narración de acción más larga.
Todo á la admiración en él conspira,
Todo en él toma cuerpo, alma y semblante.
Deidad en él toda virtud se vuelve.
La prudencia es Minerva; la hermosura,
Vénus; ni del vapor hijo es el trueno,
Mas de Jove en furor que aterra al mundo;
Negra procela al navegante horrible
Es Neptuno, que airado el mar azota;
No revocada voz eco, mas ninfa
Que se lamenta en llanto á su Narciso.
A tan bellas ficciones elevado,
Así el vate sus cantos ameniza,
Lo adorna, ilustra y engrandece todo,
Y á cuanto llega en flores lo reviste.

Que una borrasca las dispersas naves
De Enéas lleve á la africana orilla,
Es usado rigor de la fortuna;
Mas que de Juno el odio inveterado
Por largos mares sin cesar persiga
Los restos de Ilion; que á ruego suyo,
Eolo de sus lóbregas cavernas
Desenfrene los vientos procelosos
Y amotine las olas; cuando se alza
Neptuno, que imperioso las inerepa,
Y de una voz serena el mar y el cielo,
Las naves de entre sirtes arrancando,
Ved lo que asombra y de interés nos llena.
Sin ornamento igual desmaya el verso,
La poesía desfallece y muere (2),
Y un orador sin nervio es el poeta,
Insulso narrador de áridos cuentos.

Mal se encamina el que diversas fuentes
De lo maravilloso y bello busca;
Y al Dios de la verdad y sus profetas,
Dando el lugar que á las deidades, hijas
De fantástico núnem, sus lectores
A cada paso en los infiernos hunde,
De Belcebut y Satanás al lado.
Misterios tan terribles mal se avienen
Con profanos adornos: sólo ofrece
Penitencia y castigos merecidos
A la conciencia rea el Evangelio:
Mezclarle con ficciones fuera darle
Falsa apariencia á la verdad más seria.
¡Cosa bella por cierto es la pintura
De un feo diablo, anillando contra el cielo (3)
Por deslucir á un héroe, y que en la lucha
El divino poder sucumba á veces!

Hízolo un tiempo el Tasso con aplauso,
Se me dirá: no intento disuadirlo;

(1) Horacio, *Arte poética*, 102. (Nota del Colector.)
(2) Boileau confiesa que le habian inspirado este desaliento poético los escritos contra la mitología pagana de *Saint-Sorlin-Desmarts*, uno de los primeros individuos de la Academia Francesa, escritor muy protegido por el Cardenal de Richelieu. (Id.)
(3) Alude al *Tasso*. (Id.)

Mas sé que de su patria honor no fuera,
Ni en tanto le apreciara el siglo nuestro,
Si el héroe que cantó, siempre devoto,
Sólo con pios rezos se ocupase
En domar á Satan, y no llegaran
Un Tancredo, un Reinaldo, una Clorinda,
Un fiero Argante á engrandecer su cuadro.

En un cristiano asunto no por eso
Ingerir quiero fábulas paganas (4);
Mas querer despojar de sus ficciones
La profana pintura, al reino undoso
Los Tritones quitar, el doble filo
A las Parcas, y á Pan su alegre avena,
Vedar que de Caron la barca triste
Pase á un pastor al lado de un monarca,
Escrúpulo es pucril, y al fin tan vano
Como pensar en agradar sin gracias.
Luégo ni figurar á la Prudencia
Sabrés, ni á Témis dar venda y balanza,
Ni á la Guerra pintar con faz de bronce,
Ni con horario en mano huyendo al Tiempo.
¡Y habrán de ser tan bellas ilusiones
Como paganos ídolos proscritas!

Deja se precien de su error piadoso;
Mas tú con tino á los antiguos sigue,
Sin que, cristiano irreverente, vuelvas
Al Dios de la verdad en dios de errores.
Mira cuál de la fábula al contacto
Nacen bellezas; aun los nombres mismos
Son fortunas del verso; Oreste, Enéas,
Agamenon, Idomeneo, Ulises,
Helena, París, Héctor, Menelao....
¡Qué me diréis de la graciosa idea
Del necio vate, que entre tantos dignos
Tomó por héroe suyo á *Childebrando* (5),
Sino que sólo un nombre extraño y duro
Hace risible ó bárbaro un poema!

¡Quieres siempre agradar, jamas cansando?
Elige un héroe á interesarme propio,
Así en virtud como en valor preclaro;
Grande aun en sus defectos; en sus obras
Siempre digno de gloria, cual fué César,
Cual Alejandro ó cual Luis en suma;
Y no á Eteócles ni á su único hermano (6):
De héroe vulgar fastidian las proezas.
Profusos no os mostréis en incidentes;
La cólera de Aquiles bastó á Homero
Para un largo poema; otros el suyo,
Abrumándole en galas, le empobrecen.

Sé expedito en narrar, rápido y puro,
Como en el describir rico y pomposo;
Allí prodiga versos elegantes,
De bajas circunstancias siempre exentos;
Y no como aquel loco, que pintando
Del pueblo hebreo el paso fugitivo
Por medio de las ondas suspendidas,
A verlo trae los peces asomados
A las ventanas (7), y un rapaz que corre
Y juega y salta, y tira piedrecillas,
Y risueño á la madre ofrece alguna.
¡A qué pararse en frívolas inepcias!

Guarde el poema proporción debida;
Modesto sea el exordio, y no afectado (8),
Sin que montado en el Pegaso apenas
Prorumpa el verso en són vociferante:
Al vencedor de vencedores canto (9).
A tanto prometer, ¡qué efecto sigue?
Nace un raton del monte al gran preñado.
¡Cuánto más vale aquel maestro antiguo,
Que sin tanto aparato, en dulce tono,
Fácil, sencillo, armonioso dice:
¡Canto las armas y el varon piadoso,

(4) Alude al *Ariosto*. (Nota del Colector.)

(5) Alude á un interminable poema heroico de Jacques Carel, titulado *Childebrand ou les Sarrasins chassés de France*. (Id.)

(6) Alude á la Tebaida de Estacio. (Id.)

(7) Alude al poema *Moise sauvé*, del académie Gérard de Saint-Amand, donde se halla este verso:

Les poissons ébahis les regardent passer. (Id.)

(8) Horacio, *Arte poética*, 136-144. (Id.)

(9) Alude al poema de Scudéri, *Ataric*. (Id.)

Que, de la frigida orilla desterrado,
Pisó el primero el suelo de Lavinia!
La musa no se acerca fulminante;
Queriendo cumplir mucho, ofrece poco;
Bien pronto la veréis raudal fecundo
Pronunciar los oráculos del Lacio,
Pintar las negras ondas de Aqueronte,
La sorda Estigia, y por el bello Elisio
Mostrar vagando Césares futuros.

De imágenes alegres orna el verso,
Tal, que ilusos los ojos verlas crean;
A un tiempo cabe ser plácido y grande:
¿Lo sublime á qué sirve, si es cansado?
El Ariosto y sus burlescos cuentos
Prefiero á todo autor helado y grave,
Que á ménos tiene el que las Gracias osten
Mirar festivas su fruncido ceño.

Bien pudiera decirse que algun día,
Por la naturaleza aleccionado,
Robase Homero el ceñidor á Venus;
Tal abunda en agrados: cuanto toca
En oro lo convierte; entre sus manos
Todo halagüeño ríe, sin mezclarse
Jamás fastidio á su delicia pura;
Estro feliz inflama sus discursos,
Nunca en vagos rodeos distraído;
Sin dar órden simétrico á sus cantos,
Todo halla en ellos su lugar preciso,
Todo está sin esfuerzo preparado,
Fácil se explica todo, y cada verso,
Cada voz presurosa al fin conduce (1).
Ama sus cantos, ámalos sincero,
Que es sacar fruto ya saber gustarlos.

Poema en invencion y órden perfecto,
No es obra, no, de un frívolo capricho;
Tiempo y estudio pide; á un principiante
No le es dado tentar tan ardua empresa.
Mas sucede también que herido á veces
De efímera centella un triste vate,
La falsa inspiración cree, y se aplica
La épica trompa al inexperto labio;
Luego prorrumpe en versos vagabundos,
Que eleva á saltos con penoso esfuerzo,
Donde sin juicio ni instrucción desmaya,
Por falta de alimento, el fuego fatuo.
De su incapacidad por disuadirle
Trabaja en vano el público desprecio;
Que él se aplaude á sí propio, y el incienso,
De los demás negado, él se prodiga;
Pobre inventor Virgilio es á su lado;
Párvulo Homero en la ficción grandiosa (2);
Si el siglo actual de su sentencia ríe,
A la posteridad sin miedo apela;
Mas mientras vuelve el delicado gusto,
Que al fin dará esplendor á sus escritos,
A un lóbrego almacén se van los tristes
A disputar en singular pelea
Su duración al polvo y la carcoma.
Dejadlos, pues, con ellos entenderse,
A nuestro fin sin divagar volviendo.

LA COMEDIA.

La aura feliz del trágico coturno
Dió vida á la comedia; en ella el griego,
De natural maligno, en formas varias
De su mordacidad vertió el veneno;
Sufrió el pudor, sufrió la virtud misma
De la irrisión naciente infames tiros;
Del mérito más puro el vilipendio
Enriqueció al poeta, que entre un coro
De nubes hizo á Sócrates el justo
De un populacho vil servir de escarnio (3).
La ley, al fin, á refrenar acude
Audacia tanta, y la prudencia impone
Al cómico mordaz, vedando sábia
Descubrir nombres ó imitar semblantes.
Así, perdido el frenesí primero,

(1) Horacio, *Arte poética*, 148. (Nota del Colector.)
(2) Estos versos aluden á una sátira, poco justa y atinada, de Saint-Sorlin-Desmarets sobre la *Iliada* y la *Eneida*. (Id.)
(3) Alude á *Las Nubes*, comedia de Aristófanes. (Id.)

Ríe sin amargura la comedia (4),
Sin hiel increpa, sin veneno instruye,
Y dulce agrada en versos de Menandro (5).
Al nuevo espejo cada cual que mira
Se ve con gusto, ó no se reconoce;
Del cuadro fiel de la avaricia ríe
El mismo avaro que sirvió á la copia;
O los aires de un necio bien trazados,
Satisfecho el modelo los aplaude.

Sigue á natura con sagaces ojos,
Si la cómica palma ansioso anhelas;
Estúdiala en el hombre, que si indagas
Del corazón los senos escondidos,
Sabrás lo que es un pródigo, un avaro,
Un honrado, un hipócrita, un celoso,
Y alegrando la escena felizmente,
Sabrás darles acción, gesto y palabras.

A la imagen más simple el color vivo
De cada cual aplica, pues fecunda
Naturaleza en genios singulares,
Facciones varias en las almas graba,
Que un gesto, una mirada hace patentes;
Y el dón de penetrarla en pocos cupo.

Voluble el tiempo áun nuestros genios cambia;
Cada edad tiene el suyo, y gustos nuevos.
El jóven, en caprichos fervoroso,
Dócil se presta á la impresión del vicio,
Frívolo en discurrir, vario en deseos,
A la censura, y no al placer, remiso.

Luego la edad viril, con más consejo,
Busca al prócer, negocia, se oñtiene,
Repara cauto el golpe de fortuna,
Y al porvenir ajusta sus proyectos.

La triste senectud siempre atesora;
Guarda, y no para sí; con pié de hielo
Camina á sus designios; los pasados
Tiempos encomia, y el actual deprime;
Y á la risueña juventud reprende
Los dulces gustos que la edad le niega.

No juvenil audacia al lento anciano,
Ni de éste al jóven des el grave tono.
La corte estudia y la ciudad observa,
Que á competencia te darán modelos;
De tan fecundas minas sus escritos
Enriqueció Moliere, y al colmo fuera
Del arte, ornado de laurel más puro,
Si ménos popular, no degradara
Con tan baja expresión sus doctos cuadros,
Gesto vulgar prestando á sus figuras,
Lo bufon prefiriendo á lo gracioso,
Y con Terencio á Tabarin (6) juntando.

¿Quién por hijos tendrá del genio mismo
Al Misantrópo y á Scapin grosero? (7)
Mal sufre la comedia el llanto y pompa
Del trágico dolor (8); mas no descienda
A mendigar con indecentes modos
De plaza en plaza la plebeya risa.
Culta y civil se muestre en sus gracejos;
Suéltese fácil su difícil nudo,

Guíela el juicio á que jamás incanta
Caiga en escena de interés vacía;
Su llano estilo elévase oportuno,
Su hablar abunde en chistes, que pasiones,
Sagazmente entendidas, desenvuelvan;
Recíprocas se enlacen las escenas,
Gracias que al juicio ofendan no la adornen,
Ni de lo natural jamás se aparte.
Mira en Terencio un padre, con qué rostro
Riñendo está del hijo enamorado
La imprudencia, y el gesto del amante
Al oírlo, y que luego á su querida
Vuela, á olvidar la sábia cantinela (9).

(4) Horacio, *Arte poética*, 281. (Nota del Colector.)
(5) *Menandro*, contemporáneo de Alejandro. Floreció unos tres siglos antes de la era cristiana. (Id.)
(6) *Tabarino*, célebre farsante milanés, que componía, y representaba en el Puente-Nuevo de París, sainetes y mogigangas, á principios del siglo XVII. (Id.)
(7) Hay no pocos críticos franceses que no se conforman con este severo juicio de Boileau acerca de Moliere. (Id.)
(8) Horacio, *Arte poética*, 89. (Id.)
(9) Alude á *La Andriana*, y á *Los Adelfos*, comedias de Terencio. Esta última fué imitada por Moliere en *L'École des maris*. (Id.)

No son pinturas éstas, ni retratos;
Son hijo, padre, amantes verdaderos.
Honre la escena enhorabuena el vate,
Que, respetando al público, embelesa
Con la razón, sin que jamás la choque;
Mas al juglar, que en divertirl prodiga
Largo caudal de equívocos groseros,
Déjale armar la chocarrera escena
Allá en el Puente-Nuevo, en que sus farsas
Con estruendosas carcajadas premie
De viles siervos la ignorante turba.

Canto cuarto.

La moral de los escritores.

Un médico, se cuenta, hubo en Florencia (1),
Grande hablador y célebre asesino,
Público azote y peste de su tiempo:
Por la calle era el verle, perseguido
Ya del hijo pidiendo al muerto padre,
Ya del que le echa en cara la ponzoña
Con que en sus brazos reventó á su hermano;
Aquí el marido, allí la esposa muere,
Secos de sangre ó llenos de ruibarbo;
La tos se vuelve tisis á su entrada,
Y en sus manos delirio la jaqueca.
De horror cubierto, al fin deja la villa,
Y un solo amigo, que entre tantos muertos
Le queda, á su palacio le conduce.
Era un abate el tal, rico y tocado
Del furor de arquitecto. Al punto el hombre
Se muestra cual nacido para el arte.
Como un Vitruvio (2) hablaba de edificios;
Ya de un salón condena la fachada,
Mejor lugar señala á un atrio oscuro,
Y la escalera emienda. Sorprendido
Llama el abate á su maestro de obras,
Que le oye, admira, prueba y se corrige.
En fin, para abreviar su extraña historia,
Digo que, abandonando el matasanos
De Galeno la ciencia incierta y vaga,
Toma la escuadra y regla, y con asombro
Universal, formado se le admira,
De médico incapaz, digno arquitecto.

Su ejemplo sirva de lección: prefíere
Ser albañil si tu talento es ése,
Mecánico artesano y distinguido,
A mediocre escritor, vulgar poeta.
En cualquier arte hay puestos diferentes,
Que siempre pueden con honor llenarse;
Mas en el peligroso de hacer versos,
De mediano á peor no hay paso alguno.
Frio escritor responde á autor maldito:
Un lector no distingue en su desprecio
Hondo saber de autor que le fastidia:
Un loco mueve á risa y nos divierte,
Y áun vale más que el escritor helado
Que á hacernos bostezar tan sólo acierta:
Venga un burlesco Bergerac (3) mil veces,
Antes que de Motin (4) leer me manden
Un solo verso alambicado y frío.

Precave el són de elogios lisonjeros,
Con que en corrillos varios te celebren
Admiradores frívolos ó necios;
Pues versos hay que recitados placen,
Y que á la luz que la impresión les presta,
Viciosos halla el ojo penetrante (5).

(1) Alude á Mr. Perrault, médico de París, que dejó la medicina por la arquitectura. (Véase la carta de Boileau al Mariscal de Villeroy; 1676. (Nota del Colector.)
(2) Boileau no menciona aquí á Vitruvio, sino á Mansard, célebre arquitecto que fué muy protegido por la reina Ana de Austria, y dió su nombre al techo partido, muy común en Francia, que se llama mansardé. (Id.)
(3) Savinien Cyrano de Bergerac, valiente soldado é ingenioso poeta. Escribió para el teatro; pero la obra que le dió verdadera fama fué su *Voyage dans la lune*, sátira imitada por Voltaire, Swift y otros insignes escritores. (Id.)
(4) Pierre Motin, autor de insulsas poesías. (Id.)
(5) Aquí alude Boileau á Jean Chapelain, uno de los primeros in-

Gamboldo (6) así, después de tanto aplauso,
Descansa intacto en casa del librero.
Asiduo en consultar, escucho á todos;
De un tonto viene acaso un sano aviso.
No es decirte por eso que te vayas
Leyendo acá y allá cuanto compongas;
A imitación del rimador furioso,
Que, armónico lector de ásperos versos,
A cuantos le saludan se los canta,
Al que va á sus negocios deteniendo,
Sin que haya de las presas de su musa,
Ni santo templo ni ángel que te guarde (7).

La crítica, ya he dicho, acoge grato;
Blando á su voz, sin murmurar, corrige;
Mas de necios consejos noagas caso (8).
Con más orgullo que saber, algunos
Reprenderán injustos en tu obra
Del verso más feliz la hermosa audacia;
¿Qué vale responder á sus sofismas,
Si él los reputa honor de su talento,
Y, ciego entre tinieblas, se figura
Que no se escapa un átomo á su vista?
Sus consejos elude, que el creerlos
Fuera anegarse, huyendo del escollo.
Pero escoge un censor de mente sana,
De alta doctrina, y cuya franca pluma
Raye sin miedo lo que tú sospeches
Flojo, y te disimulas indulgente.
Él sabrá de tu espíritu dudoso
Las sombras ahuyentar, sabrá decirte
Con cuál estro feliz un claro ingenio
Los harto estrechos límites del arte
Sabe salvar, cuando es el arte mismo
El que le enseña á sacudir el yugo (9).
Mas ¡cuán raro es hallar censor tan digno!
Que juzga mal los versos con frecuencia
Quien los hace mejor, y que en su aprecio
A Virgilio confunde con Lucano (10).

Vates, prestad á mi advertencia oídos:
¿Queréis hacer amables vuestros versos?
Sembradlos de lecciones provechosas,
Con la dulzura utilidad mezclando; (11)
Que no se paga el sabio de guirnalda,
De flores sí, que le prometan fruto.
Trasluzca en los escritos retratado
Vuestro carácter propio en rasgos nobles.
No aprecio yo los licenciosos padres
De tantas obras que el pudor repugna,
Donde la virtud gime desdolorada,
Y alzan los vicios seductora frente.
Pero no me juzgueis tétrico genio,
Que hace guerra al amor, y de su adorno
Despojando la escena, llamar osa
A Rodrigo y Jimena corruptores (12).
El amor más impuro en puros versos
Cabe expresar, sin que á lo honesto dañe:
Por más que Dido seductora llora,
Yo, llorando con ella, la condeno.
Musa inocente y de asechanzas libre,
Conmueve, y nunca el corazón perverte;
Su llama el humo del error no turba.
Adorad la virtud; sin ella en vano
Queréis sublimes ser, que la bajaza

divididos de la Academia Francesa. Tradujo á Guzman de Alfarache, y escribió muchas poesías, adquiriendo con ello cierta nombradía literaria. Pero su fama de poeta se desvaneció rápidamente cuando publicó, en 1656, su pesado poema *La Pucelle*, en cuya composición había empleado treinta años. (Nota del Colector.)

(6) *Gambold*. Véase la nota sobre este poeta en el canto I, página 121. (Id.)
(7) Alude á Charles Duperrier, latinista notable, uno de los siete poetas que formaron la llamada *Pléiade francesa*. Boileau refiere que este Duperrier le obligó, contra toda su voluntad, á escuchar versos suyos en una iglesia. (Id.)
(8) Horacio, *Arte poética*, 472. (Id.)
(9) Alude Boileau en este elogio al académico y abogado Olivier Patru, amigo de Racine. Pasó por el más sesudo crítico de su tiempo. (Id.)
(10) Alusión hostil á Corneille. (Id.)
(11) Horacio, *Arte poética*, 343. (Id.)
(12) Alude al famoso teólogo jansenista de Port-Royal Pierre Nicole, el cual sostiene, en un escrito sobre el teatro, que las tragedias de Corneille, por su espíritu pagano, corrompen el entendimiento y el corazón. (Id.)

Del corazón delatarán los versos.
Vayan lejos de tí bajas envidias,
Torpe infección de espíritus vulgares,
Que jamás halla entrada en los sublimes,
Y es de mediocridad signo indeleble.
Negra rival del mérito la envidia,
Lazos le tiende en las doradas aulas,
Y no pudiendo erguida hasta él alzarse,
Por igualarle á sí, le echa por tierra.
Nunca en tan bajas miras te deprimas,
Que no lleva al honor tan vil sendero.
Sé consiguiente, y la amistad cultiva:
No basta ser en los escritos grato,
Sino amenó en el trato y las costumbres.
Muévate amor de gloria, y no vil lucro,
Que es de infame escritor indigno objeto.
Bien sé que esperar puede un alma noble
De su fatiga el premio, mas me indigno
De ver que celebrados escritores,
Infieles á la gloria, hambrientos de oro,
Se vendan del librero á los salarios,
Y hagan tráfico vil la arte divina.

ORÍGEN DE LA POESÍA.

Antes que, usando el dón de la palabra,
Dictára la razón leyes al hombre,
De seiva en selva y de uno en otro prado,
En busca del sustento, andaba errante;
Y á merced de sus rústicas pasiones,
Derecho era la fuerza, con que impune
La robustez airada era asesina.
Mas luégo del discurso la armonía
Logró templar tan bárbaras costumbres;
Pues las dispersas tribus, atraídas
De sus oscuros bosques, en ciudades
Pudo asociar, de muros circundadas;
Dando la ley, servida de suplicios,
Asombro al malo, aliento á la inocencia,
Gloria tan alta á los primeros versos
Es fama se debió: de aquí se dijo
Que al sonoro cantar del dulce Orfeo,
Embelesados los agrestes brutos,
Su furor olvidaban; y las piedras,
Movidas de Aníon al són suave,
Se iban llegando al pie de la alta Tébas,
Hasta elevarse en portentosos muros.
Tanto en su oriente alcanza la armonía.

Lengua del cielo fué despues el verso:
Desde el pecho en furor de un sacerdote
Lanzó versos proféticos Apolo;
Homero, antiguos héroes recordando,
Inflama en verso el bélico ardimiento;
Muestra Hesíodo en métricas lecciones
Al tardo campo á acelerar las mieses:
Así, en cadentes páginas escrito,
El verso dió el saber á los mortales,
Las saludables máximas llevando
Al corazón por el suspenso oído.

Justo incienso á las Musas bienhechoras
La Grecia dió por tan feliz portento,
Y aras de gratitud alza á su gloria.
Mas ¡ay! que acude la vileza luégo,
Tras la indigencia, á degradar el Pindo;
Amor del lucro infesta los talentos,
Mentiras bajas manchan los escritos,
Que, destinadas á comercio infame,
Ponen á precio el genio y la armonía,
Jamás vicio tan torpe te ennegrezca:
Cuando la sed del oro te devore,
Huye las limpias aguas de Aretusa,
Que no en riqueza abundan sus orillas;
Y al cantor grande, como al héroe excelso,
Sólo fama y laurel ofrece Apolo.

Mas no de humo se vive únicamente
(Me oigo decir); mal puede un triste vate,
Hambriento y pobre, resistir el grito
De la necesidad en sus entrañas,
Ni entre laureles pasearse ayuno.
Nunca viera sus Ménades Horacio
Sin apurar alegre el buen Falerno;

Y si, cual Colletet (1), sólo aguardára,
Para comer, la paga de un soneto.

Es cierto; mas no aflige á nuestro Pindo
Tanta escasez; ¡por qué abrigar tal miedo
En un siglo en que el astro más benigno
Sus rayos vuelve hácia las artes bellas?
Hoy de indigencia al mérito redime
Alto favor de un príncipe ilustrado (2)
Musas, dictad su gloria á vuestros hijos,
Y es la mejor lección que podeis darles:
Nuevo Corneill (3) conságrese á su nombre,
Al par del que pintó Cides ú Horacios;
Que un Racin (4), dando á luz prodigios nuevos,
Retratos suyos forme en nuevos héroes;
Que al labio de las lindas Banserada (5)
Dicte en elogio suyo amables versos:
Segré (6) le lleve al campo en sus idilios,
Y en su honor lance el epigrama dardos.....

Mas ¡qué autor tan feliz en otra *Eneida*
Al Rhin medroso llevará este Alcides?
¡Qué docta lira al són de sus hazañas
Hará mover los montes y las selvas;
Sabrá cantar al bítavo asombrado,
Que, temiéndose náufrago, se inunda;
Ni tantos aterrados batallones
En *Mastricht*, cuyo espanto el sol ilustra?

Canto yo; y en los Alpes nueva gloria
Junto al vencedor rápido me llama:
Caen *Dola* y *Salines* (7), y humeando
La fulminada *Besanzon* sucumbe.
¡Qué es de los fuertes que en fatales tramas
Ostentábanse dique al gran torrente?
¡Acaso piensan detenerle huyendo?
¡Fundan su gloria sólo en evitarle! (8).
¡Qué de arrasados muros! ¡qué de rotas
Falanges! ¡qué de gloria y de laureles
En su carrera rauda arrebatados!
Redoble el estro en su loor, poetas,
Para que el verso alcance á honor tan alto.

Yo, que hasta aquí, en la sátira nutrido,
Nunca entonar osé trompa ni lira,
Sabré mostrarme en campo tan ilustre,
Y acordaros con voces y miradas
Estas lecciones que mi musa, áun jóven,
Del trato recogió del buen Horacio:
Vuestro ardor concitando al fin glorioso,
Premio y corona os mostraré de léjos;
Mas también perdonadme si, celoso,
Separo el oro á veces de la escoria,
De autores necios los defectos noto;
Censor molesto, aunqué oportuno á veces,
Más que apto á producir obras perfectas,
A reprobar las malas inclinado.

SÁTIRAS.

I.

CRÍTICAS DEL TEATRO.

ADVERTENCIA DE ARRIAZA.

El teatro español, cuya prodigiosa fecundidad en piezas originales ha servido por mucho tiempo de emu-

(1) François Colletet, autor de *La Muse coquette* y de otras poesías detestables. (Nota del Colector.)

(2) Luis XIV. (Id.)

(3) Corneille. (Id.)

(4) Racine. (Id.)

(5) Isaac de Benserade. Compuso muchos versos cortesanos para las fiestas de Luis XIV. (Id.)

(6) Jean Regnaud de Segrais, poeta académico, autor de novelas y de idilios en su tiempo muy estimados. (Id.)

(7) Celebra las conquistas de Luis XIV en las plazas de Holanda y Franco Condado. (Id.)

(8) Alude al famoso general austriaco Conde de Montecuculli, que blasonaba de haber logrado evitar la batalla. (Id.)

lacion y asombro á las demas naciones, se ve en el dia oscurecido y abrumado por el sinnúmero de traducciones del frances con que, presumiendo enriquecerle, le han empobrecido los mezquinos traductores. No son regularmente las obras de los primeros ingenios de Francia las que nos regalán, sino producciones medianas ó de segundo orden, cuyo principal efecto y artificio consiste en preparar, por medio de una serie de diálogos prolijos y mal hablados, una catástrofe horrorosa é inverosímil, como son los asesinatos alevosos, ejecutados con todos sus atroces pormenores á vista del espectador; los tribunales de justicia, con todas sus fórmulas pesadas y antipóéticas; y últimamente, el espectáculo asqueroso de los cadáveres destrozados en los cadalsos.

En tales monstruos escénicos hemos estado bebiendo, sin sentir, las máximas, usos y costumbres de la revolución francesa, en vez del honor y fina cortesanía que nos recuerdan nuestras antiguas comedias. Uno de los dramas que se granjearon más número de esta clase de admiradores fué la que se intitula tragedia de *Blanca ó los Venecianos*, pieza contraída á las circunstancias particulares de la conquista de Venecia por los franceses, y en la cual, para derribar un gobierno, por quien era el estado veneciano una república rica, independiente y llena de prosperidad, se le procuraba hacer odioso, y excitar el interes á favor de un frances aventurero. Éste da motivo á la tragedia con querer casar con la hija de un senador, contra la voluntad del padre, que la queria dar á otro senador (como es el orden); y el frances, desde una capilla, en que tenía cita con la niña, escaparse á la llegada del padre, por un agujero á casa de un embajador; lo que estaba prohibido con pena de muerte por una ley, con que empieza la accion dramática; hasta que, llamado el frances á juicio, no se quiere disculpar, de rabia porque el carcelero le dijo haber visto casarse ya á su querida; y así sufre la pena de garrote, de que se da espectáculo al público con ridicula y asquerosa perspectiva. Esta pieza, tan hija de la política napoleónica, fué ejecutada con la más rigurosa pantomima ó imitación de los actores de París: esto es, con gritos, gestos y aullidos del mal gusto moderno en aquella capital. De todo lo cual se burla el autor en la siguiente sátira, de un modo bastante distinto para poder prescindir de la vista de los originales.

REFLEXIONES DE ENTRE-ACTOS

HECHAS

EN LA TRAGEDIA DE «BLANCA Ó LOS VENECIANOS».

C'est un droit qu'à la porte on achète en entrant.
(BOILEAU, *Art poétiq.*, chant III.)

¡El Senado en el foro á qué se junta?
¡Qué negocio le trae?—¡Brava pregunta!
El ver unos amores de novela
Mejor que desde el patio ó la cazuela.
—No es mala impertinencia de señores;
Vaya, diviértanse los senadores;
Pues con su compañía reverenda,
Cuatro retrucecanillos de contienda,
Un frances entre tantos sacristanes,
Que se mueven cual mazos de batanes,
Y entre dos de ellos de familia un pacto,
Cátate concluido el primer acto.
—¡Hola! Censor, pasito, con sosiego;
Aquí tu laconismo es puro griego:
Por uno que te entienda ó te interpreta,
Hay ciento de cuchara de bayeta,
Y con aquel candor con que han tragado
Dos tribunales y un ajusticiado,
Clamarán: «¡Impostura manifiesta!
Digo, ¡es lance de amor una ley puesta

En tela, y áun dictada, que condena
A todo embajador á cuarentena?
¡Y un espion frances hecho togado
Porque de un soplo aseguró un estado?»
Esto dirán, y quedarán muy vanos.
—¡Sí? pues yo les diré: Besoos las manos,
Señores; mas prosigan su camino,
Que yo hablo sólo aquí con mi vecino,
Que al ver escena plena y tanto estruendo,
Todo es rascarse y bostezar, diciendo:
¡Qué es de la exposicion, que no la hallo!
¡Cuándo sale, con treinta de á caballo,
Pues abertura anhelan bien brillante,
Ese protagonista que nos cante:
«Aquí verán el fin más desgraciado
Del hombre más sin gracia enamorado!»
—Yo, por más que le digo que allí votan
Senador al que luégo le acogotan;
Que la causa es amor, y éste el suceso
Que anuncia de Venecia el gran congreso,
Y á más que hay procesion; calla ó me humilla
Diciendo ser tragedia gigantilla,
Con enorme cabeza y cuerpo enano.
El hombre es material, se aplica al grano;
En punto de interes no gasta flema:
Yo, por no airarlo más, sigo en mi tema;
Que el interes de accion se queda intacto
Despues de concluido el primer acto.

Segundo. ¡Lugar nuevo, escena aparte?
Pues vamos con la música á otra parte.
Ya tenemos á Blanca la rollona
Muy cariacontecida y remonona,
Que quiere, si el autor no lo remedia,
Casarse.—Pues que vaya á la comedia.
—No señor; que la anima el gran deseo
De morir cual esposa de Teseo,
Y ya por este mes le llega el turno
De ensangrentar con gloria su coturno.
—Vaya, pues que se muera como pueda;
Y el viejo torbellino es quien lo enreda,
Proponiendo á la chica un matrimonio
Con quien no puede ver más que al demonio.
¡Y el novio? Ellos se entienden, por supuesto,
Y era la primer vez que hablaban de esto;
Resortes son del arte, aunque no exactos,
Pero excelentes para llenar actos.
—Resorte que del arte es el oprobio
(Grita el vecino); y sin mentar el novio,
¡Quién vió jamas matrimonial contrato?
¡Cómo pudo ese viejo mentecato
Pensar llegase á adivinar su hija
Que para yerno suyo el padre elija
A su antiguo rival, si ella es testigo
De que á él se le sentaba en el ombligo?
¡Esta es tragedia, fábula ó conseja?
—Esos sí son escrúpulos de vieja,
Y ésta es una de aquellas fruslerías
Que yendo dias y viniendo dias
Suceden una vez: no es ley expresa
Que ocurra en sociedad de sobremesa,
En visita, en paseo ni en el coche,
Y ocurrió en el teatro aquella noche.
No hay que dudarle, el viejo es un buen hombre,
La Blanca ¡un alma! así como su nombre;
Y esta credulidad, que ofende á tantos,
Es lo que yo les hallo de más santos.
Márchase el viejo á prevenir la dote,
Como diciendo para su capote:
La chica ya se hartaba de soltera,
Y por casar se casa con cualquiera.
Y aquí entra Moncasin: á muy buen tiempo
Viene con sus requiebros de entretiempos;
Pues casi ya le abraza la muchacha,
Cuando hétele que, en chupa y sin garnacha,
Capelo, el personaje de interes,
Aunque no el ménos bobo de los tres,
Sale diciendo: Yo soy el dichoso.
Blanca está lela, Moncasin celoso,
Capelo en babia, y regañando á trio,
Se dicen poco, malo, turbio y frio;
Se comunica á la luneta el hielo,
Y el telon, de fastidio, viene al suelo,